

DESDE EL UMBRAL... EN LA MAÑANA DE PASCUA

Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca, estamos todos.

Esto decía el Papa Francisco en su alocución con ocasión de la bendición extraordinaria *Urbi et Orbe*. Cuando escribo estas palabras en medio de la cuarentena obligatoria decretada por el gobierno argentino hace más de veinte días, no puedo dejar de pensar que en nuestras tierras estamos recién en el umbral de la tormenta navegando en una barca bastante distinta a la del texto del evangelio.

Los mendocinos conocemos de tempestades. Nuestra tierra es arrasada frecuentemente por las tormentas graniceras. Las vemos venir de lejos, con la formación de las nubes amenazantes que se ciernen sobre nosotros y nuestro trabajo. Poco a poco se oscurece el cielo, iluminándose con los relámpagos mientras se escuchan los truenos amenazadores. El viento se pone helado y más frenético. A veces, cae con violencia el agua. Aunque lo realmente dramático es la llegada del granizo. A la luz de los relámpagos y al sonido de los truenos sabemos que es inevitable, que llegará. Es verdad que el granizo es caprichoso: a veces solo nos roza golpeando la finca de al lado dejándonos el frío y el agua, a veces nos impacta de lleno.

Y mientras la tormenta se forma sobre nuestras cabezas es poco lo que podemos hacer... algunos intentan cubrir lo poco que se pueda... otros hacen cruces de sal para que no nos lleve todo el trabajo y los daños sean mínimos; pero sabemos que es prácticamente inútil: si la tormenta llega, solo el capricho de la naturaleza sabrá si lo perderemos todo, parte, o si tal vez nos roce sin grandes daños.

En esta barca estamos todos, dice el Papa... pero en nuestra tierra, en medio de nuestros barrios, nos damos cuenta que la barca en la que navegamos no es como la de los pescadores de Galilea, donde todos estaban en cubierta, sino un barco más parecido al tristemente célebre Titanic. Un barco con diferentes clases y compartimentos. Algunos tenemos la suerte de sentirnos en cubierta y, hasta tanto la tormenta no golpee directamente, nuestra supervivencia no está sustancialmente amenazada... pero otros ya sienten el mordisco que acompaña esta tempestad...

Los truenos que, desde el umbral de la tormenta, escucho no son los sonidos de la naturaleza, sino los gritos de cientos que, como truenos, claman a Dios: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué nos has abandonado?* Es el grito que me llega de las costas lejanas de los amigos de Italia y España, pero es también el grito de los que sufren la cuarentena desde el fondo del barco y a los que este confinamiento ya empezó a anegar sus vidas apenas mantenidas a flote antes de que se cerniera sobre nosotros la borrasca.

Es el grito de Jesús en la cruz (Mt 27,46) que en estos días santos volvemos a escuchar en las narraciones bíblicas, pero que se hacen grito pavoroso en medio de esta pandemia que cayó de improviso haciendo añicos nuestras pretensiones de tener la vida organizada y disciplinada.

En los rugidos de la tempestad que nos llegan de más lejos experimentamos el viento gélido de la muerte... todavía lo sentimos sólo como una brisa que eriza la piel de los más sensibles... en el umbral de la tormenta nos preguntamos si esta brisa helada que llega de lejos no nos tocará con la muerte de algún ser querido, o de nosotros mismos... pero aún es lejano...abstracto...

Y mientras la cuarentena nos mantiene encerrados (a medias), buscamos la manera de decirnos que la vida seguirá, que después de que pase la tormenta nacerá el sol... aunque no sepamos con

certeza qué estamos diciendo con eso. ¿Cómo seguirá la vida después de la borrasca? ¿Cómo será encontrarnos de nuevo llevando encima vínculos mutilados? ¿Podemos imaginar lo que quedará de nuestra tierra después de la tormenta? Difícilmente. Todavía estamos en una etapa donde no sabemos por dónde vendrá la estocada, qué perderemos, qué sobrevivirá. Y así, la vida sigue... aunque las nubes ya encima nos recuerden que la tempestad existe y que puede descargarse sobre nosotros en cualquier momento.

Curiosamente la tormenta se cierne sobre nosotros en este tiempo bendito de pascua. Son días en que celebramos no solamente la pasión del Hijo de Dios que grita desde la cruz, como tantos que se sienten olvidados y abandonados de Dios en este tiempo de pandemia, sino días en los que celebramos la aurora de una nueva creación. Días en los que confesamos que la muerte no tiene la última palabra. ¿Sirve la certeza de la fe para sostenernos en medio de la amenaza de la muerte que se escucha venir?

Desde el umbral de la tormenta tengo más preguntas que respuestas. Pero se me ha hecho particularmente presente el misterio del sábado santo. Aquel día suspendido entre dos enormes misterios. Día que, por ser compás de espera, se nos escurre de las manos como una jornada prescindible. Y sin embargo es un día fundamental... porque precisamente el sábado santo es figura de la historia humana que recorremos y que se juega en el ya pero todavía no. Es el día en que todo está consumado (Jn 19,30) aunque la luz de la resurrección no ha amanecido todavía (Jn 20,1).

En ese sentido, miro este sábado santo del hoy que nos toca. Y es que, de alguna manera, estamos viviendo un tiempo suspendido: en el umbral de la tormenta aunque bajo la luz fecunda de la pascua. Pascua que nos asegura que Dios puede sacar algo bueno de todos los males que se abaten sobre nosotros. Realidad inaudita y que por eso mismo sólo puede ser obra de Dios, que va más allá de nuestros esquemas.

Lo que acontece la mañana de pascua es que Dios corre la piedra del sepulcro donde termina corrientemente la historia de los humanos (Mt 28,2). La piedra que sella el sepulcro es el fin inexorable de la vida desde que el mundo es mundo; no existe para nosotros la posibilidad de pensar, de soñar, de calcular más allá de esa piedra. La piedra del sepulcro es el punto donde terminan las posibilidades humanas, las lógicas humanas, lo esperable... el "siempre se hizo así", el "así debe ser". Pascua nos dice que Dios es más grande y su amor salvador trasciende las lógicas humanas que se quedan de este lado de la piedra del sepulcro.

Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa (bendita) pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos.

¿Quién en estos días no ha sentido saltar por los aires sus esquemas, sus agendas, sus tiempos, sus compromisos "impostergables"? Nosotros mismos como Iglesia hemos experimentado la imposibilidad de hacer lo que siempre hemos hecho. Nuestros preceptos han quedado en suspenso, tanto que han carcomido la conciencia de no pocos escrupulosos. Y sin embargo, Dios ha hecho brotar algo impensado justamente ahí donde sólo veíamos el final de nuestra celebración pascual tradicional.

En lo personal creo que la experiencia que, como Iglesia, hemos hecho en estos días nos prepara para afrontar la tormenta que se cierne sobre nosotros con otra mirada. Aun cuando nos hemos quedado sin la posibilidad de celebrar como dicen nuestros rituales, preceptos y prácticas tradicionales aquello que constituye el ápice del año litúrgico, Dios ha hecho algo sorprendente que ha corrido la piedra que nos mantenía dentro de nuestros esquemas.

En medio de la imposibilidad de encontrarnos como comunidad, hemos revalorizado la comunidad. La hemos reunido de modos extraños en celebraciones *on line*, donde la gente te dice: “vi a fulano en misa”, porque se vieron conectados mientras se encontraban “mirando” la Eucaristía transmitida por las modernas plataformas. Los medios digitales, nos han ayudado a sentirnos compañeros de camino en la dispersión y el aislamiento.

Pero lo más asombroso, al menos para mí, ha sido el surgir de verdaderas celebraciones en las casas. Como los judíos en el exilio, sin templo y sin sacrificios, la vida de fe de la Iglesia se ha fortalecido en tiempos de pandemia... no tanto (o no solamente) por las celebraciones *on line*, sino por los cientos de familia que han vivido y rezado (incluso recuperado) su experiencia de fe en torno a la lectura compartida de la Palabra y a signos concretos y sencillos que nos han devuelto la posibilidad de leer la oscuridad de nuestra realidad a la luz de aquel que vence las tinieblas y que brillaba “sacramentalmente” en las velas de nuestros hogares.

La fe cristiana, nacida del acto encarnatorio del Verbo, no se define por hacer determinadas prácticas “espirituales” o “religiosas”, sino por llevar adelante vida espiritual – y espiritual es un adjetivo que califica justamente la vida (Rm 8, 1-16). Una vida que no reniega de la materialidad de la existencia ya que, desde la encarnación de Cristo, la materia se transforma en vehículo de la divinidad; en ese sentido la fe cristiana es una fe sacramental donde los elementos del mundo nos posibilitan el acceso a Dios. Los sacramentos tienen una materialidad irreductible, porque son fruto de la materialidad de la encarnación y ésta nos muestra que la materia ha sido asumida por Dios. Aunque algunos telepredicadores creen que se puede desmaterializar la fe en Jesucristo, la ruda materia de los sacramentos nos confronta con la materialidad de la encarnación y con la sacralidad de la existencia. Materialidad del que tengo al lado, de los pobres que encuentro, materialidad de los gestos concretos que hacemos juntos en casa. La vida cristiana o es vida o no es. Y es esa materialidad concreta de la vida cotidiana la que se ha vuelto en nuestros hogares signos sacramentales en tiempos de cuarentena. Y Dios se las ha arreglado para que la fe pascual, que habíamos encerrado en nuestros rituales, lógicas y previsiones, se abriera paso de una manera inesperada más allá de la piedra del “siempre se hizo así” o del “debe ser así”.

Hay un viejo aforismo que dice que las reformas en la Iglesia no se producen después sesudas disquisiciones en abstracto, sino por necesidad. En la Iglesia nos embarcamos en largas discusiones, pero finalmente los cambios suceden cuando no nos queda más remedio: como cuando la cosa se volvió insostenible entre judeocristianos y cristianos de origen pagano, como cuando se nos echó de la sinagoga, como cuando se perdieron los estados pontificios. Porque, como enseña la mañana de pascua, nuestras mejores intenciones fracasan frente a la piedra del sepulcro de nuestras inercias, comodidades y resistencias. La mañana de pascua nos grita lo esencial: el punto final para los hombres puede ser el comienzo de algo nuevo en los proyectos de Dios.

No sabemos qué quedará de lo vivido en esta pascua, pero evidentemente hemos experimentado que Dios se las arregla para ir más allá de nuestras lógicas y algo nuevo ha sucedido. Durante la cuaresma que se volvía cuarentena me preguntaba cómo convertir en *Kairós* (tiempo de salvación) este tiempo inédito que nos toca... cómo ver en estas situaciones la oportunidad de “hacer algo nuevo”. La mañana de pascua me ha devuelto la certeza de que esta no es nuestra tarea sino la de Dios. Sólo él puede librarnos del tiempo (*cronos*) que nos devora en nuestras prácticas, razonamientos o esquemas y suscitar una novedad que va más allá de nuestros horizontes.

Si, desde esta experiencia que como comunidad cristiana hemos hecho, volvemos la mirada sobre la tormenta que se nos viene encima tenemos la posibilidad, como la Virgen del Sábado Santo, de mantener la esperanza contra toda esperanza (Rom 4,18). Ella supo enhebrar las piezas

aparentemente inconexas de los hechos de la historia en el hilo rojo de la historia de salvación. Ella fue capaz de sostener la esperanza de la comunidad manteniéndola unida en medio de la lógica dominante que tensionaba entre la dispersión (Lc 24,13) y el encierro (Jn 20,19). ¿Quién mejor que ella conocía la realidad de una intervención de Dios que hacía saltar por los aires las predicciones y los cálculos humanos (Lc 1,26-38)?

Por eso en este sábado santo de la historia, en el umbral de la tormenta, nos volvemos a ella. Como hacen los viñateros de mi tierra hacia la Virgen de la Carrodilla cuando amenaza el granizo. Pidiéndole que nos sostenga en la esperanza, en esa esperanza creativa que afronta con valor las tormentas; que sabe de consuelos que fortalecen para seguir luchando, en medio de las lágrimas; que sabe ponerse de pie y recomenzar; que sigue apostando y trabajando aun cuando el cielo se nubla y ruja; simplemente porque de ella aprendemos que el Dios de la historia no defrauda. Como la Virgen del Sábado Santo no sabemos exactamente qué hará Dios detrás de los nubarrones, que como la piedra del sepulcro nos cierra la posibilidad de vislumbrar futuro, pero a la luz de la obra de la salvación sabemos que actúa y actuará en favor de su pueblo.

A nosotros, hombres y mujeres de fe, nos toca como la Virgen del sábado santo sostener la comunidad, lo que supone volvernos creativamente solidarios con quienes ya sienten el mordisco de la tormenta; dando testimonio de que la comunidad cristiana vive de la fuerza que brota de un Dios que no se deja encerrar en nuestro mundo de miedos y rutinas. Y más amplio aún, como la Virgen del sábado santo sostener la comunidad humana siempre tentada a la dispersión o al encierro del pánico porque *todos frágiles y desorientados; [somos] al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca, estamos todos.*

Pbro. J. Matías TARICCO
Pascua 2020